

ABUSO EN LA IGLESIA  
*Palabras de un testigo*

ABUSO EN LA IGLESIA. *Palabras de un testigo*  
Patrick C. Goujon

Traducción de Carlos Álvarez sj  
Título original *Prière de ne pas abuser*  
© Éditions de Seuil, 2021

---

Ediciones Universidad Alberto Hurtado  
Alameda 1869 – Santiago de Chile  
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726  
www.uahurtado.cl

---

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores  
Primera edición octubre 2022

**Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.**

ISBN libro impreso: 978-956-357-407-4  
ISBN libro digital: 978-956-357-408-1

Dirección editorial  
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva  
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior  
Gloria Barrios A.

Diseño portada  
Francisca Toral R.

Imagen de portada: iStock



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ABUSO EN LA IGLESIA  
*Palabras de un testigo*

Patrick C. Goujon

TRADUCCIÓN  
Carlos Álvarez sj

**uah**/Ediciones  
Universidad Alberto Hurtado



*Al equipo de consulta de dolores crónicos  
del hospital Saint-Joseph de París.*



Precario del latín *precari*.  
*Precari* (latín): plegaria.



Recobré la palabra, aun cuando ignoraba haber estado privado de ella. De niño, fui abusado por un sacerdote durante varios años. Un día se dio la ocasión de decírmelo y luego hablar. No había imaginado que esto sería tan beneficioso. Me hubiera bastado creer que la vergüenza no era más que un fantasma, que era nada en comparación con la paz de liberarse de los obstáculos. No sabía que me había callado.

No recuerdo haber decidido callar: la palabra no llegó. Durante largos años, había buscado mis palabras por instinto de supervivencia. Admiro a poetas y músicos que escuchan cantar el silencio. Son ellos los que me han abierto el oído. Tuve que sondear el corazón de un dolor que creía ya pasado. Felizmente, pude inventar una vida, recibirla de muchos encuentros y asombros. Esta vida me salvó. Elegí ser sacerdote católico en el seno de los jesuitas. De eso, hace ya veinticinco años.

Durante años, sospeché que algo estaba oculto. Pero nada estaba a la vista, nada se podía decir. O, más bien, otros cuidaron

de mí y me invitaron suavemente a hacer por mi parte lo mismo. Hablé cuando ya no hubo dolor. Tuve que llevar —tuve que traer— un pesado secreto amurallado en mis vértebras, un grito ahogado incluso antes que pudiera ser expulsado. Para aliviar mis dolores, fueron otros los que permitieron dar forma a mi palabra. Pudo escapar de allí donde estaba cautiva. Mediante masajes, ejercicios y presiones liberadoras, convirtieron sus manos en una palanca (un impulsor). Lo que sufría en mi espalda subió hasta mis labios. Mi palabra fue extirpada de mis músculos adoloridos. Me hizo tomar forma y elegir la libertad. Esto se puede contar.

Era en otoño de 2015. Había ido a la urgencia del hospital por un dolor cervical agudo. El examen confirmó dos hernias que se sumaban a otras tres que tenía en la región lumbar. El médico prescribió fuertes cantidades de antiinflamatorios. El farmacéutico no quiso dispensarlos sin antes verificar por teléfono si aquel no había exagerado la dosis. El tratamiento no fue muy eficaz. Los dolores se extendieron. Algunas semanas más tarde, me caí en la calle. Mi cuerpo se rechazaba a avanzar.

Fui a consultar a mi médico generalista. Quedó perplejo, pensó en una enfermedad crónica. Luego soltó, como de pasada: “Usted está anestesiado. Su cuerpo lo protege antes del colapso”. Recibí el golpe en pleno estómago. Era exactamente eso. Lo sabía, sin entender de qué se trataba. No respondí nada, pero notaba mi estupefacción.

Desde hace algunos años, anulaba cursos y cancelaba reuniones. Le temía a los largos desplazamientos y a los cambios de cama durante los viajes. Mis noches se acortaban. Solo la natación apaciguaba mi pena. En periodos de crisis, nada lo lograba. Me desanimaba. Se evocaban razones psicossomáticas, pero una vez dicho esto, nadie podía ayudarme. Mis dolores eran relegados a una imaginación hipocondríaca. Si había un

sufrimiento psíquico, no veía cuál era, ya que, a pesar de los dolores, era feliz. Me gustaba mi trabajo. Era director de los programas de licenciatura en filosofía y teología en el *Centre Sèvres*, las Facultades Jesuitas de París. Estaba realizando investigaciones sobre la historia de mi orden en el contexto de un seminario en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. Me sentía en mi lugar en la vida religiosa. Lo único que me preocupaba era la salud de mi madre. Estaba hospitalizada en cuidados paliativos y su estado se deterioraba.

La idea de estar anestesiado nunca más me abandonó, por paradójica que fuera, pues sentía dolor. Me había encorvado sobre mí mismo, enredado en torno a mi columna. Mis músculos se estaban atrofiando. Desde la infancia, mi cuerpo me hacía sufrir. ¿Cómo se puede enroscar así una estatura de más de un metro noventa? Siempre he dejado que eso se vea poco. Lumbagos intensos traían a la superficie esta pena oscura. No distinguía nada de mi historia que hubiera podido ayudarme a salir de allí. La frecuencia de las crisis de estos últimos años me cuestionaba y minaba mi moral. Estaba extremadamente sensible, como si la excitación del nervio ciático me hubiera vencido totalmente. Un dolor de muelas se extendía, durante semanas, a los miembros inferiores. Sin embargo, no escuchaba mi sufrimiento allí donde se expresaba. Buscaba silenciarlo con medicinas. Los dolores me habían insensibilizado... Choqué con un bloque que hizo un sonido sordo, como golpes sobre una piedra roma.

Me enviaron al hospital para ver un reumatólogo. Quiso explorar todos los detalles de mi estado de salud. Me preguntó desde cuándo tenía dolores. Las hernias dorsales y las lumbalgias eran recurrentes desde hacía casi treinta años. Se habían incrustado nudos en mis músculos. El reumatólogo se aleja del computador donde tomaba sus notas. Antes de auscultarme, me escuchó. Me permitió entrar en mi historia. *Auscultare*, escuchar. Yo podía hablar.

Hablé del dolor de espalda soportado desde la infancia. Había sentido dolores hasta en la ingle. Les avisé a mis padres y al médico de la familia. No era una apendicitis. No era nada. Sin embargo, este dolor me había preocupado. Me había transformado en alguien que tiene dolores de espalda. Me rodeé de barreras contra los juegos y los deportes de la infancia. Me dolía. Tenía miedo de hacerme daño. Tenía miedo.

A mis veinte años, investigaron una posible enfermedad reumática ligada a la psoriasis, pero los exámenes no arrojaron nada. En torno a mis treinta años, terminaron por detectarme algunas hernias. Los dolores eran desproporcionados, los

síntomas no coincidían con las causas. Había agotado la gama de antiinflamatorios. Un año, un médico me recomendó un antiepiléptico. Acababan de recetarme opioides. Todos ellos me adormecían. No tenía ánimo para continuar.

“Treinta años de antiinflamatorios, se suspende. ¿Me permite que lo cuide? Lo voy a remitir a nuestro centro de anti dolor. Ensayaremos con la auriculoterapia y la hipnosis”. Por una vez, no tuvieron que convencerme de los beneficios de la osteopatía y la acupuntura, que ya me estaban haciendo efecto. Me fui confiado, sorprendido de que me recomendaran medicinas alternativas.

Unas semanas más tarde, acudí a mi primera entrevista en el centro anti dolor con algunas dudas. Empecé a pensar que estaba ocupando el lugar de un paciente que realmente necesitaba este tipo de cuidados. Me pregunté si estaba exagerando mis dolores y me dije a mí mismo que estos no eran tan graves, después de todo. Reconocí esta cantinela con la que intentaba minimizar el mal. El recuerdo de la magnitud de las últimas crisis me decía que estaba equivocado.

Fui recibido por una médica sonriente y animada, a la que le dije que había estado a punto de cancelar la cita. Ella me dijo que estaba confundiendo el dolor agudo con el dolor crónico. Con humor añadió que, si me habían remitido allí, no era porque el servicio tuviera poco trabajo. Esto puso fin a mis escrúpulos.

Las primeras sesiones de auriculoterapia tuvieron razón en cuanto a la inflamación masiva. Me impresionó. Durante varios

meses, me reuní con los miembros del equipo. Aprendí el uso de diferentes técnicas. Me anticipé al dolor; lo traté. Me curé. La expresión parece anodina. Descubría la parte que regresaba a mí. El cuidado hacía de mí un sujeto y no un paciente.

El hospital estaba a menos de veinte minutos de mi comunidad. Caminaba hasta allí varias veces a la semana. Lejos de perjudicar mi trabajo, estas pausas me hacían respirar. Las salas de espera me permitieron avanzar más que nunca en mis lecturas para preparar mis cursos.

El dolor había desaparecido. Nunca había experimentado esto antes. Sin embargo, los especialistas consultados se mostraron asombrados. Los niveles de inflamación seguían sin tener causa. Por el momento, se evitaban los exámenes más invasivos. Estaba feliz, como lo está uno al gustar el aire ligero después de una fuerte lluvia. Los dolores habían dejado de nublar mi visión, de instalar su pantalla entre el mundo y yo. Pensé que ya estaba saliendo adelante.